

Semblanza de mi padre

MATEO ESCOBAR GARCÍA

Me pidieron que trazara una semblanza de mi padre en unas cuantas líneas. Habría muchas cosas que decir y muchas otras que se quedarán sin contar. Para no extenderme en demasía, hablaré acerca de una de las relaciones que más le brindó emociones, alegrías, desencuentros, esperanzas y desasosiegos. Me refiero a la relación que tejió, a lo largo de su vida, con los libros, la lectura y la filosofía.



Parque Principal de Chía¹. Monumento a la Raza Chibcha.
En la parte superior, la diosa de la luna, Chía.

¹ Estudio de la diosa Chía por Alonso Neira Martínez. Foto de Juan Carlos Pachón, Bogotá, Colombia - La Diosa Chía, CC BY-SA 2.0.

La relación de mi padre con la lectura empezó desde muy temprano. Me contaba que siendo él muy pequeño se sentaba bajo la estatua de *la diosa Chía* -en el pueblo del mismo nombre donde vivió gran parte de su infancia-, a leer historietas alquiladas de “*El llanero solitario*”, *Superman*, *Archie* o *el pato Donald*, entre muchas otras que le despertaron la imaginación y le abrieron las puertas a ese maravilloso mundo de la lectura y que, tal vez por eso, siempre hubo un espacio para una que otra historieta o novela gráfica en su vasta biblioteca personal.

A los nueve años entró a estudiar en el Seminario, pues, en contra de lo que muchos creerían, él quiso ser sacerdote. En aquel lugar, en palabras suyas, le *contaminaron* de silencio, lectura, meditación, sentimientos de culpa y música gregoriana. Pero allá también tuvo la oportunidad de seguir creciendo en el mundo de las letras y la filosofía, pues, con la orientación de un seminarista mayor que él y que ejercía de bibliotecario por aquel tiempo, pudo leer buena literatura como *el sabueso de los Baskerville* de Arthur Conan Doyle y novelas de aventura de varios autores, como Emilio Salgari. Un día, cuando mi padre tenía 12 años, aquel bibliotecario puso en sus manos dos libros que, según me contó repetidas veces, cambiaron su vida. Eran *La náusea* de J-P Sartre y *Esperando a Godot* de T. Beckett -lecturas prohibidas para su edad-. En alguna ocasión, tal vez bajo los efectos de las remembranzas étlicas, me confesó que desde pequeño le invadía un cierto desasosiego por la vida; ya fuera por la pérdida tan prematura de sus padres, ya por el carácter autoritario de sus abuelos, nacidos en el siglo XIX y que le criaron con ideas del siglo XIX. Tal vez por todo ello, esos dos libros -especialmente *La náusea*-, lo ayudaron a comprender un poco su soledad y esa desazón existencial. Una y otra vez, leía y releía las palabras de Sartre como si se tratase de su propia vivencia y citaba el libro a sus compañeros del seminario hasta aburrirlos. En todo caso, y a pesar de los deseos por ordenarse sacerdote, no pudo terminar su formación en el seminario. El hecho es que fue expulsado -como él dice-, por *pecador*, y no se concretaba si se refería a que, siendo sacristán, había bebido algún que otro sorbito del vino consagrado o que también influyera el hecho de haber tenido acceso y leído aquellos libros prohibidos, hurtados al conocimiento de los demás seminaristas. Mi padre nunca estuvo dispuesto a soportar ningún abuso de autoridad como el que experimentó entre esos muros y el Seminario no estaba dispuesto a permitir aquel espíritu contestatario que ya se estaba forjando en él.

Todas estas lecturas lo impulsaron a querer estudiar literatura o filosofía en la Universidad, pero terminó estudiando *Administración de Empresas*, pues era lo que su abuelo -quien le pagaba la carrera- quería que cursara. En la *Universidad Jorge Tadeo Lozano*, tuvo la fortuna de conocer a una profesora francesa que estaba de paso por Bogotá y dictaba un curso de *economía socialista*. Se llamaba Pierina y, a



Universidad Jorge Tadeo Lozano 1974

decir de mi padre, fue activista en mayo del 68. Ella también le recomendó muchas lecturas, pero, lo más importante, es que lo escuchaba con mucha paciencia y atención, siendo ella quien, finalmente, lo convenció de estudiar filosofía.

Una vez obtuvo su título de administrador, se lo entregó a su abuelo y le dijo que ahora sí iba a estudiar lo que él quería, y así fue que se matriculó en la carrera de Filosofía, en la *Universidad Nacional de Colombia*. Ya sin el apoyo económico de su familia, tuvo que buscar la forma de pagar sus estudios y consiguió trabajo en la librería *Buchholz*, cuyo dueño era el famoso librero alemán Karl Buchholz, lo que fue para él -como para cualquier estudiante de filosofía y amante de la lectura-, un verdadero paraíso terrenal. Allí aprovechaba cualquier tiempo libre para devorar libros de literatura, poesía y filosofía.

En la *Nacional* mi padre vivió épocas muy felices. Allí conoció grandes amigos y compañeros, y aprendió de la mano de profesores muy buenos y otros no tan buenos. Siempre sintió que aquellos años fueron humanamente



Librería Buchholz. Interior.
By Otto Moll Gonzalez.

maravillosos, pero también fueron tiempos, política y socialmente, muy agitados; con una suerte de *estado de sitio* decretado por el entonces presidente Julio César Turbay que llamaban eufemísticamente “el estatuto de seguridad”. Así que mi padre alternaba sus estudios de filosofía, griego, inglés y alemán y su trabajo en la Buchholz, con la protesta social contra las violaciones de derechos humanos y las extralimitaciones de las fuerzas de seguridad del Estado y todo, con la digna rabia de alguien dispuesto a difundir su voz y su acción de protesta ante el tirano de turno y las injusticias de toda la vida. Al parecer los tiempos no han cambiado mucho en esos aspectos.



Bergische Universität Wuppertal

A pesar de todas esas *idas y venidas* de la vida universitaria, terminó su pregrado y su maestría en la Nacional y en 1989 se ganó una beca del gobierno alemán para ir a estudiar un doctorado en Wuppertal, Alemania, lo que, al cabo, decidiría todo su futuro profesional y el resto de su vida. A su regreso, con una maleta llena de nuevos conocimientos, memorias felices y nuevas amistades, encontró un nuevo hogar en Medellín y se inscribió como profesor en la Universidad de Antioquía, lugar al que perteneció desde entonces como docente del Instituto de Filosofía y dedicado al estudio y la enseñanza de filosofía antigua y la Teoría Crítica.

Este es el Jairo, el profesor, al que muchos recordamos con tanto amor y cariño, tanto sus estudiantes y colegas, como aquellos otros que fue conociendo en los Congresos Nacionales e Internacionales a los que asistía de ponente y en aquellos otros que coordinaría y montaría con tanta diligencia y buen hacer. A lo largo de su

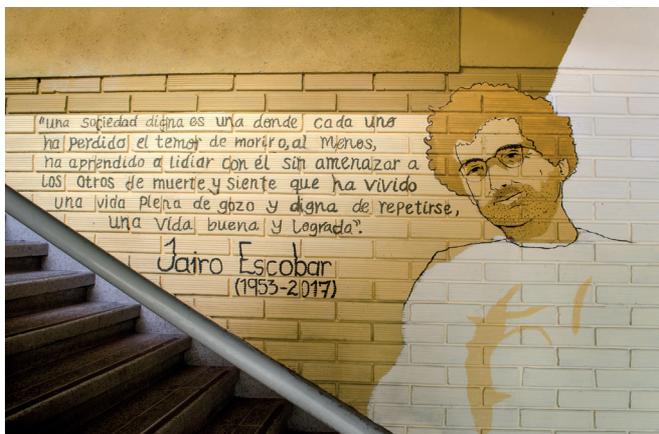
vida fue creciendo, tanto en humildad como la extensión de su saber, y todo el conocimiento que fue adquiriendo poco a poco y con mucho esfuerzo, lo empleó para ampliar su capacidad y disposición para entablar el diálogo con cualquiera que quisiera ser su interlocutor, le daba igual que fuera un taxista, a un estudiante de pregrado, un camarero o uno de sus colegas, con tal de que él detectara un auténtico interés por la cultura o una intensa preocupación social. Nunca utilizaba argumentos de autoridad con los que *sentar cátedra*, sino que ponía a los estudiosos a dialogar ante su auditorio y lanzaba seguidamente cuestiones y demandas para que se marcharan a casa con la cabeza bien regada de pensamiento e inquietudes, esto hacían de él el grandioso y singular maestro que fue; siempre presto a aprender algo nuevo de sus contertulios.



IV Congreso Internacional
de Teoría Crítica. Madrid. 2017

Yo recuerdo al padre siempre atento para preguntar cómo se encontraba mi alma, y remendarla con abrazos y palabras sabias, en caso de que no anduviera del todo bien. Al hombre de humor satírico, burlón e infantil -en el más bello sentido de esa palabra-, como aquella persona que veía el mundo, cada día, con una inocencia renovada; siempre con algún chiste o alguna ocurrencia con la que aliviar la pesada carga de la jornada. Lo recuerdo a las cuatro o cinco de la madrugada entre sus libros y sus escritos, en su rica soledad, acompañado por *Polina* y *Oliver*, sus gemelas almas felinas. Se me quedó dentro ese hombre cabal, amoroso y revolucionario.

Colombia, enero del 2019



“Una sociedad digna es una donde uno ha perdido el temor de morir o, al menos, ha aprendido a lidiar con él sin amenazar a los otros de muerte y siente que ha vivido una vida plena de gozo y digna de repetirse, una vida buena y lograda”.

JAIRO ESCOBAR